

CRONICA INTERNACIONAL

PARADOJA DE EUROPA

Medio siglo tarda el hombre en hacerse; medio día, a lo mejor, en deshacerse; mil años ha necesitado Inglaterra para imperar en los siete mares; diez le bastan para languidecer en las primeras luces de su ocaso. Quien teme que sea así es uno de los grandes patricios de su tiempo y de su casta. Es Churchill quien se opone con palabra de fuego a sino tan aciago. Se dice en Londres que durante la guerra revivieron en Churchill, alternativa o simultáneamente, los mejores jefes de la Gran Bretaña: un Drake, un duque de Marlborough, un Cecil, uno de los Pitt o los dos a una, un Nelson o un Disraeli. Reviven también cuando Churchill estos días apostrofa en el Parlamento a los culpables de que la unidad del Imperio cruja y se resquebraje. Los laboristas, piensa Churchill, creen en la bondad del hombre y en la del mundo en que actúan. Este optimismo es el punto de corrupción con que tocan siempre a las Instituciones. Los conservadores, en cambio, los torys, son pesimistas y porque lo son se endurecen en las bregas ya que no por la dicha, en la que no creen, sí por la grandeza de la Patria, a la que servir es un deber y un honor. El pesimismo milita, y el pesimismo conservador ganará las batallas que mantenga la hegemonía inglesa en el globo. ¿Cuál es nuestro pensamiento sobre lo que llama Churchill, acerbamente y con rudeza pesimismo conservador? Recordaremos al fundador de la estirpe de los pesimis-

tas políticos. No aludamos siquiera a su renombre ni a su nombre y sí tan sólo a su doctrina. Nos apresturamos ante todo a sentar que la política que él extrae tanto como de las décadas de un historiador de Roma, de las impurezas de la sociedad en que vive, reposa en una concepción amarga del mundo. Cuantos han estudiado a este fundador a través de los tratados o de sus humores, discurren sobre su pesimismo, que es el escudo resistente en que se quiebran las armas de la discordia. Cuando en el capítulo XLII de sus discursos de la primera década medita este florentino sobre la facilidad con que nuestro barro se corrompe, una del don de clarividencia, que es el don con que se enuncia la *tristitia rerum*. Pues a la escuela de este creador piden sus tónicos amargos los "Torys" de la Gran Bretaña, para quienes el orden, que es la gracia de los cielos en la boca de Milton, es el honor de la tierra. Entre el orden y la justicia, el tory elige el orden, para cimentarlo y argamasa del Estado. Oponía Macaulay al pesimismo de estirpe maquiavélica la credulidad del atopista que planea ciudades, en el sol o en la luna, y después la del hijo de la Enciclopedia y más tarde la del liberal que se ha y nos ha anticuado en poco tiempo atrocemente. Cuando suena la hora de los adioses últimos al liberalismo, Macaulay ha fictado su sepulcro hacia la salvación celeste. El ensayista se va en 1859 y el liberalismo no asiste hasta bastante después a sus propias exequias. De vivir hacia 1934 aquel patricio inglés, hubiese intentado reanimar con las artes de magia, de su dialéctica, magia pobre y sin flúido, una teoría que se secó por sus raíces. Conjeturar que, aunque yerta, puede reverdecer o revivir mañana, es conjeturar en vano. Es una categoría de la historia, se arguye, y encenderá con luces del poniente el alba de los tiempos nuevos. Repliquemos como ya antes de ahora hemos replicado. Hay que expiar en nuestros hijos el pecado de ser hijos de nuestros padres, pero el legado que recibimos de ellos no se pierda, a Dios gracias. Cuando Eneas va transponiendo horizontes con su padre, blanco de senectud, a hombros, eterniza el sentido de continuidad que es inderogable. Sí; pero el liberalismo, que según algunos es ante todo derecho de gentes, fluctúa en Londres y zozobra donde quiera. Acostumbráramos en 1920 a considerar el liberalismo como norma y como

arma; como norma regía y rige en parte sociedades jerarquizadas, así la inglesa; como arma se ha mellado y es difícil al obrero allí volverse contra quien lo oprime. Pero tornemos al gobernante más pesimista, o sea más conservador del período del Eduardo VII: a Artur James Balfour, que a los ochenta años se burlaba del mito siete veces milenario de la perfectibilidad del hombre. Los aforismos de hielo de este gobernante y filósofo de la duda, cuya obra *Defense of philosophy doubti* ha sido siempre, decían así. "La existencia misma del hombre es un accidente; su historia, un episodio breve y transitorio de la vida de uno de los más mediocres planetas. De las causas que al nacimiento del mundo transformaron compuestos inorgánicos en antepasados vivos de la humanidad, la ciencia nada sabe hasta ahora. Basta que de ellos, el hambre, la enfermedad y las matanzas mutuas, nodrizas apropiadas de los futuros dueños de la creación, hayan hecho gradualmente, después de su trabajo infinito, una raza que posee bastante nobleza para saber que es humilde, y bastante inteligencia para saber que es insignificante. Miramos el pasado y vemos que la Historia ha sido amasada con sangre y con lágrimas, así como con revueltas salvajes, resignación estúpida y esperanzas vacías. Sondamos el porvenir y vemos que después de un período, largo si se le compara con nuestra vida individual e infinitamente breve si se le compara con la Eternidad, la energía del sistema irá disminuyendo y el hombre desaparecerá con todos sus pensamientos. La materia cesará de conocerse: nuestros monumentos inmarrcesibles y nuestras acciones inmortales; la muerte misma y el amor más poderoso que la muerte, serán como si nunca hubiesen sido; nada de lo que exista entonces valdrá lo que ha costado en esfuerzo, en genio, en sacrificio y en sufrimiento: dones y virtudes que el hombre no se habrá abstenido de prodigar durante generaciones innumerables". Se puede ser pesimista hasta el punto de tener setenta y aun ochenta años, como Balfour entonces, y mantenerse en la esgrima política, no ya ágil, sino duro e incansable además en los servicios al Estado. Nada aligera el pesimismo como la piedra al hombre para la obra común. No hay filtro asiático que dé a mandarín o a sátrapa dulzura como la que la fatiga nos mete

en las venas. ¡Fatiga!: Este es el edén perdido y rescatado; éste el pago estelar que el poeta condensa en el verso. "La tarde paga en oro divino las faenas." ¿Que las imperfecciones del mundo cesarían cuando amanezca la edad de oro, si como está escrito amanece alguna vez? No, pero el joven que trae fe nueva nos considera al menos bajo especie de eternidad y ata nuestro carro a la estrella que palpita universalmente. Antes que pueblo alguno, recusó la España de Carlos V el pesimismo maquiavélico que se echa a medrar a la sombra de los baluartes. España, por boca de sus juristas y de sus teólogos, enseña el sentido del imperio, que es el de la comunidad de pueblos que rige ecuménicamente el orbe. Proteger, convertir, fundar, éstos son los dos verbos que Carlos V prodiga. Pero no se trata aquí de litigar el abolengo de la largueza de espíritu a que la España de hoy propende o que la España de hoy recanoniza, define y conduce. Que un político inglés, antes las diez mil piezas arduamente ajustadas de su imperio, recede de los cambios, es explicable. Pero esta cautela no entibia el ardimiento de Balfour a la hora de los servicios. Churchill, que viene después como pesimista y como gobernante, batalla con más brío que nadie de su casta y de su tiempo por la unidad de Inglaterra, en cuanto comunidad de pueblos. En este Churchill, cargado de gloria a la vez que de cordura, reviven los mejores jefes de la Gran Bretaña, un Drake, un duque de Marlborough, que es por cierto de la sangre y del apellido de Churchill, un Cecil, uno de los Pitt o los dos o uno, o un Nelson o un Disraeli. Lo que ha costado mil años no debe perderse en diez. Lo grita a su patria con clarividencia, con fe y con tenacidad Churchill, pesimista, conservador. Asiste la Gran Bretaña, y con ella Europa, una vez más, a esa paradoja siempre vieja y siempre nueva.

LA GRAN BRETAÑA OTORGA
LA INDEPENDENCIA A LA INDIA

No con piedra blanca, sino con un diamante señalará la India el 16 de agosto de 1947. Este es el día en que le fué otorgada la independencia. Ya el 18 de julio la ley que la

confiere era promulgada en la Cámara de los Lores. Comitivas de los dos estamentos de la Gran Bretaña cuidaron del empaque histórico de la ceremonia. No hay en los anales del Imperio decisiones de que el mundo resuene a las que la dignidad de los ritos no acompañe. Sin hazañas no hay gran pueblo, sin el rigor de las formas del trato tampoco. Las metrópolis que saben serlo usan del gesto de magnanimidad que ha acendrado siempre la virtud de la tutela.

En el saber ganar y en el saber perder, las maneras de un Estado importan.

Se eligió, por ejemplo, el 16 de agosto porque el 15, día señalado, las constelaciones, según los astrólogos, no estaban propicias. El 16, al frente del cortejo de la Cámara de los Comunes, iba el almirante Sir Geoffrey Blake, y del de los lores el canceller Lord Jowit. El documento que otorga las libertades a la India, escrito sobre vitela, fué refrendado con la fórmula "Dieu le veult", que data de antes de los Tudor y de antes de los Plantagenet y de la Carta Magna, pues que remonta a la dinastía de los normandos: ¡Dios lo quiere y el Imperio lo hace saber! La ley, con todo, no regirá enteramente hasta fines de marzo de 1948. Terminará para esa fecha la partición de países entre los dos dominios, el Indústán y el Pakistán. El último virrey, Lord Mountbatten, prefería la unidad, pero se atuvo no a lo mejor, sino a lo posible. Es hombre de realidades, con el don de mando y con el don de gobierno y, claro está, no prescinde del tiempo.

Es ardua, y lo será unos meses, la delimitación de los territorios del Pakistán, cuya sede es Karachi, y del Indústán, cuya sede es Delhi. Además de estos dos dominios pudiera haber un tercero si las circunstancias lo imponen: el Patanistán, en la provincia del Noroeste.

Agrupaciones que sean partidos actúan en la India, tres, y no es actuar lo de los bandos que medran en la sedición y el botín. Estas son taifas que van perdiendo hasta el brío para desmandarse. Como bandoleros no cuentan, como agitadores son gente sin casta ni plan. Constituyen no facciones siquiera, sino partidas, y hasta el desmán se les frustra. En las pendencias interiores no son ellos, sino otros los que caen. De las tres

fracciones son jefes Jinnah, que ha dado altura y rumbo a la Liga Musulmana; Sirdar Baldev, a quien siguen los shikhs, y Pandit Nehru, vicepresidente del Gobierno interino. Dos de los tres, Jinnah y Nehru, han aprendido a pensar en las Universidades inglesas. Dominan los dos el idioma de la metrópoli y no han desdeñado en su formación las letras clásicas.

Shakespeare les ayuda a entender el mundo más que los slokas del Ramayana. Los tres aceptan la solución que en Lord Mountbatten ha madurado por necesidad.

Los Gobiernos del Pakistán y del Indistán distribuyen su labor en departamentos ministeriales, de los que uno en cada dominio es de Asuntos Exteriores y otro de "Unión India". Desempeña en el Indistán la primera cartera Rajagopalacharia, y la segunda, Nehru. En el Pakistán asume las dos Liguai Ali Jam. Muchos musulmanes han querido, por razones largas de exponer, seguir bajo el régimen del Indistán, o sea bajo el Congreso, aunque la ley de la sangre les vincule al Pakistán, o sea a la Liga, cuyos afiliados, en número de 1.100.000 aproximadamente, son 400.000 menos que los que el Congreso cuenta. En una población de 372 millones, esa diferencia es la gota en el piélago. Pero la gota dice: ¡soy el mar!; como el corpúsculo de arena: ¡soy el desierto!, y lo son, y ¡ay del que a su vez no lo diga!

Eran once las provincias constituídas con gobernador en 1919. La Constitución india del 2 de agosto de 1935 les concede autonomía y les suma otras dos, Sind y Orissa, a la vez que desprende Birmania de la India. Eran las provincias Assam, Bengala, Bihar, Bombay, Madras, Orissa, el Pendjab o País de los Cinco Ríos, Territorios unidos de Agra y de Audh, Provincias centrales y Bérar, limítrofes del Noroeste, y Sind. Las provincias constituídas con Altos Comisarios eran las islas Andaman y Nicolav, Ajmer Nervera, Beluchistán, Delhi y Coorg. Los Protectorados "Indian States" después de "Native States" eran Haiderabad, Mysore, Agencia de los Estados de Goujerad, y Residencia de Baroda, Jammun y Cachemira, Gvañor. Agencia de Beluchistán, ídem de Rajputana, India Central, los cinco Estados de la Residencia de Madras, los de la India Occidental, los 18 de Decan, los 42 del Este, los tres de las Provincias Unidas de Agra y Audh, 13 del Pendjab (los mismos

nombres aluden a modalidades distintas), los cinco de la provincia limítrofe del Noroeste. Omitamos los territorios bajo autoridades locales, los protectorados indios exteriores y las posesiones de soberanía inmediata.

Mundo vastísimo el que se manumite, pero no del todo, de la comunidad de naciones británicas, pluralidad de sangres, castas y supersticiones, babel de dialectos, confusión, revoltijo ingente. Del Imperio ha recibido la India los bienes que más le confortan: ferrocarriles -- 65.000 kilómetros --, canales, puentes, plantaciones, industrias, armas técnicas agrícolas, misioneros, escuelas, hospitales, leyes, oficios, lecciones de moral y de vida.

Oponemos al mito de los titanes la santa aceptación de los límites. Hay otros modos, claro está, de romper ligaduras. Para el uso de la libertad, empero, y más para el goce, necesitamos ciencia, experiencia y conciencia. Si nada de lo que enaltece a la criatura humana es gratuito, ¿qué le vamos a hacer!

LOS TRES EN PARÍS, Y EL CUARTO Y SUS PRECURSORES EN WASHINGTON

Fué primero Byrnes en Stuttgart, allá en septiembre de 1946. Le siguió Truman en su discurso del 12 de marzo al Senado y a la Cámara de los Representantes, reunidos en sesión conjunta. En el plan de Byrnes y en el de Truman ha fundado el suyo Marshall. Lo que los tres políticos quieren es que el Gobierno de Washington contribuya a la restauración de la *Europa desmantelada por la guerra*. Tres ministros de Asuntos Exteriores: Bevin, Bidault y Molotof, deliberan, a fines de junio, en París, sobre la ayuda norteamericana. Marshall, como antes Truman y Byrnes, sueña con que el orden que se asiente en Europa sea un orden triple, o sea ante todo político, después económico y por añadidura social. El utopista redacta su boletín de victoria sobre las tinieblas, como hubiese dicho Tomás Moro, para quien está en la frente la latitud en que el hombre no es corruptible. De la frente, que es sobre los hombres un castillo de soledad más que de

sedición o de motín, baja a los corazones el impulso de reforma. A la hozna, bajo la cual, si los pinceles de Holbein no se engañan, meditó Tomás Moro, se acoge cuatrocientos treinta y un años después Marshall. Que el penúltimo utopista sea norteamericano o sea inglés es igual, ya que el linaje de estos pensadores que se desviven entre cielo y tierra es uno y el mismo. Advirtió Truman que ni retraerse ni inhibirse en los pleitos de Europa, le es lícito a la nación más potente del orden. Los Estados Unidos, añadió el Presidente, ayudarán a los pueblos a los que minorías armadas o poderes de más allá de sus fronteras intenten subyugar. Se invirtieron 341.000 millones de dólares en ganar la guerra; es justo que se invierta una suma en cuantía mucho menor para ganar la paz. Urge, desde luego, ganarla en el continente europeo, cuyas sacudidas se esparcen por la extensión del planeta. Rotas las hostilidades en un punto de Europa, sobrevendrá inconjurablemente la guerra que tenga por teatro de operaciones el mapa mundi. Sin don de lenguas ni de profecía lo decimos, pero acaso el de caridad nos asiste. Sin éste, aunque se capten en el habla carismas de ángel, se es como bronco que suena o como cámbaro que retíne. Repitamos, empero, lo de San Pablo a los corintios en la primera Epístola: "Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el espíritu". Ciertamente sí así y así será. *Idem. autem spiritus*. Y, pues es uno mismo, sus luces alcanzan a los que rigen Estados y ordenan sociedades. La guerra, sobre aniquilar miles de millares de vidas, ha secado miles de millares de almas. De las desolaciones que ha dejado, ninguna affige como la esterilidad. En este punto mueven a meditación más que la palabra de los estadistas, harto fluctuantes la de Su Santidad Pío XII, que nos conforta en medio del infortunio. Marshall, como Truman y Byrnes, ayudan a Europa a la restauración económica antes de que hasta las ruinas perezcan. Oponen, en lo posible, fuerzas del bien a las fuerzas del mal que han encadenado a los mejores númenes de Europa. Al promover los Estados Unidos la reconstrucción del viejo continente, se disponen a desembolsar en un período de tres años 24.000.000.000 de dólares. Con esta aportación los Estados Unidos socorren por igual a las naciones necesitadas. A una voz que inquiría si a

La Rusia soviética también, Marshall ha contestado: "a Rusia también si esta nación noblemente lo desea. A ninguna excluimos, aunque prefiramos a las más afines. Si premedita alguna mediar impidiendo que otra reciba auxilios, cuente con nuestra recusación desde ahora. No nos avendremos a maniobras políticas con que un listado poderoso mantenga a otro que no lo es o postergado o pospuesto en nuestra ayuda." ¿Alude Marshall en estas insinuaciones a Rusia? ¿A quién si no puede aludir? Pero Molotof ha acudido a París y estudia con Bevin y con Bidault el plan norteamericano. Las sesiones de los tres no son herméticas, aunque estén tocando a su fin. A estas conversaciones han precedido cavilosas en la que Moscú torvamente recaerá. Está, con todo, en París con un cortejo de 92 "leales", de los que 36, que son versados en economía, le asesoran. Con 12 constituiría su séquito de acompañantes doctos Carlos V, *dominus orbis*. Bien es verdad que Moscú, antes que la sede rusa, es el centro de gravedad de un anficionado de naciones sometidas y que Stalin cierra sobre Oriente el puño hegemónico de los Zares. Bevin había dicho en un como reto a la Rusia soviética: "Las potencias occidentales están decididas a que el plan de ayuda a Europa se consume en los plazos previstos. Se trata no de un retorno a la normalidad, sino de todo un resurgimiento, de toda una resurrección a la plenitud y a la fuerza. Con la U. R. S. S., si ella quiere, o sin la U. R. S. S., si ella no quiere, según Marshall, el propósito se cumplirá. Uno de los recursos del Kremlin es el de que son naciones unidas las llamadas, antes que Wáshington, a restituir su vigor a la Europa extenuada de después de la guerra. ¿Pero la O. N. U. puede aunque se lo proponga? Creemos que no, y en lo de prestar las máquinas y los miles de millones de dólares, la diligencia de Wáshington es más actuante que la de los 54 países de la O. N. U. juntos. Para Moscú, sin embargo, crecer en la O. N. U. es tan útil hoy como no crecer puede serlo mañana. Lo ha sido ya en el segundo aniversario de la Organización de las Naciones Unidas. Cuatro Jefes de Estado coincidieron en las loas a la O. N. U.: Jorge VI, Auziol, Truman y Mariscal Chang-Kai-Chek. Stalin, todo es conforme y según, calló. En ese encuentro de los mi-

nistros de Asuntos Exteriores en el Quai d'Orsay, Molotov actúa con su táctica y aun su teoría de siempre. Mientras transcurren los diálogos atiza Moscú huelgas y trama además conjuras contra la civilización de occidente en pueblos subyugados como Hungría o en otros no subyugados como Grecia. En Rusia todo es posible —se decía ya bajo los zares últimos— y posible fué un suceso como el que vamos a referir. En paisaje tan adusto como este de la Europa de hoy, ofrecemos el claro de una anécdota. “Hay siete versiones del hecho y de las siete elegimos una que ha llevado a sus memorias el gran Duque Cirilo. El oyó la historia de labios de su madre María Pawlona, Duquesa de Mecklemburgo, cuyo testimonio es ya directo. Fué en Petersburgo en el invierno de 1875, con el Neva, naturalmente, helado. Había temporada de ópera, y dos tenores, cuyos nombres no diremos sino confidencialmente, compartían coronas de laurel y ditirambos, como sólo Gayarre ha oído. Un compositor, de junto al Volga y del grupo de los cinco, que en realidad fué de 10 y aun de 20, hizo una ópera en tres actos, cuyo protagonista era un Hércules ruso que acometía, como el griego, doce trabajos para hacerse amar de una dama inaccesible. Como el otro al león o a la biedra, el Hércules ruso en su trabajo duodécimo, o sea al fin del tercer acto, mataba a un oso maldito de los Urales, después de un cuerpo a cuerpo muy teatral que estremecía a la sala. El tenor, con la rodilla sobre el animal, entonaba el aria del triunfo, con largo do de pecho que el auditorio recibía embelesado. Uno de los tenores era el protagonista, mientras el otro se abandonaba al suplicio tenaz de los colos, que carcomen a la vez que tuestan a fuego lento. Gran maquinadora, dice Quevedo, que es la envidia, y el tenor postergado maquinó redomadísimamente su desquite. Una noche, luego de visitar al jefe de la tramoya, visitó la piel del oso y se dispuso al cuerpo a cuerpo teatral que estremecía al auditorio. Llegó la escena final y el Hércules ruso se fué, como siempre, al oso. Pero ¿qué se vió?, ¿loado sea San Wladimiro! ¿Qué se vió que hasta las estrojas pararon un minuto? Se vió al oso derribar al Hércules, poner la rodilla sobre él, y con la zarpa derecha tendida al palco de los Zares, entonar, con dulzura casi celestial, el aria del triunfo.” Fué tal el efecto de la ju-

gada que el compositor modificó el final, y a partir de entonces es el oso el que canta el aria del triunfo.

* * *

Todo es posible en Rusia, y todo dentro de un ruso si es ministro de Asuntos Exteriores al dictado de Stalin. Molotof, como se pretendía, ha logrado que la conferencia de París se malogre. Ha sonado, pues, la hora de que Wáshington ponga en marcha el plan de ayuda a Europa sin la U. R. S. S., por encima de la U. R. S. S. o contra la U. R. S. S.. ¿Pero Wáshington osará?

* * *

En julio, los dieciséis, aunque de parecer bien avenido, recayeron en las tibiezas de los tres. Hubo tres sesiones plenarios con votos por la concordia... En la tercera, Menemendjoglu, ministro de Asuntos Exteriores de Turquía, reveló la existencia de un segundo bloque después del primero, que es la Unión Aduanera entre los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, que usa ya el sigma de Benelux. El segundo bloque es pequeño, pero actúa como los grandes, y está constituido, hasta ahora, por Turquía y Grecia. Le llaman la cuña contra la U. R. S. S., y esta vez no es cuña de la misma madera.

El último dilema de Marshall es diáfano. "O las naciones de Europa aceptan nuestra ayuda o se vuelven a Moscú, si Moscú no se adelanta." No ha dicho el estadista norteamericano más; pero lo que dirá, si aquí en Europa se sigue fluctuando, puede ser irreparable.

EL DUELO FIRENNE NAGY CON JEKELY EN LA ETERNA HUNGRÍA

A la Santa Corona ha legado Hungría sus anales, sean de adversidad o de ventura. San Esteban, que la recibe del Papa Silvestre II, reina hacia el año 1000. Los linajes más remotos del pueblo magiar se dchen a la Corona en sus días de esplendor.

dor y en sus días de ocaso. En ella residen hoy, como siempre, antes que en los cuatro ríos, los númenes de la Hungría eterna. Es una obra de arte, pero es, sobre todo, el signo de la perennidad húngara. Quien hizo el joyel lo hizo para siempre, sin saber todo lo que hacía. Siendo tanto lo que el arte puso en la obra, puso más el pueblo al trasfundir en ella sus dones políticos. La aportación benedictina de Montecassino es patente en los esmaltes de la parte superior de la Corona, pero las inscripciones dan a Italia lo que de Italia ha sido y es. Es corona cerrada y, como tal, símbolo de una realeza en la integridad de su soberanía y libre de dominios temporales. En 1072 el príncipe Geza, de la Casa de Arpad, hijo mayor de Vela I, recibe del emperador bizantino, Micael Ducas, en recompensa de la magnanimidad hacia el enemigo, una corona ricamente ornada. Esta es abierta y con la efigie en esmalte del príncipe y del emperador. El conjunto de las dos diademas constituye la Santa Corona con la que se ha conferido el privilegio del mando —privilegio, misión o alta empresa, a los reyes de Hungría—. Milenaria es la doctrina que la Santa Corona ha dictado y dictará todavía. Es para ellos, en cuanto atributo, el poder organizado que une armoniosamente al monarca y a la nación. No es la corona de tal o cual dinastía —Arpad, Anjou, Hunyadi, Jagellones, Habsburgo o Habsburgo-Lorena—, sino del país entero. No alude al soberano sin nación, pero tampoco a la nación sin soberano. Es fuente de todo poder, y porque lo es incorpora a la realeza. El monarca y la totalidad de su pueblo unidos son el cuerpo de la Santa Corona y son el Estado. Si todo territorio perdido ha de ser devuelto a la Corona, todo territorio rescatado es en ella en quien se refunde. A ella, antes que al rey, corresponden las prerrogativas del mando, que la coronación, eso sí, le transfiere. Sin coronación no hay monarca legal, aunque sin monarca, en la doctrina de la Santa Corona, la vida del Estado tome forma transitoria. Se habla mucho de la evolución constitucional de Hungría, y es justo que la sigamos en un esquema sinóptico. El príncipe Arpad es el fundador de Hungría años antes del año 1000. Conduce a un pueblo hasta la tierra que la tradición señala a los húngaros herederos de Atila como su patria. Ya aquí lo del paraíso perdido y la tierra de

promisión no se desvirtúa. La conquista de la cuenca de los Cárpatos es, por otra parte, una obra maestra de estrategia. En cuanto a la repartición de los nuevos ocupantes por el territorio conquistado es una obra maestra de buen gobierno. Ya San Esteban convierte a su pueblo y lo liga a la civilización occidental. Por este gran monarca hay en Hungría una Iglesia y un Estado cristiano. A la organización en tribus sucede un Estado que se dispone a crear historia con fastos universales. Dos siglos después, Hungría posee una nobleza cuyos privilegios reconoce Andrés II en la Bula de Oro. Allí, como en Aragón, los nobles yerguen ante el rey sus cabezas que son castillos y osan decirle que valen si cada uno tanto como él, juntos más que él. Este aviso a los potestades, por altas que estén, ha halagado aquí más que allí un cierto sentido democrático. Eso de que la muerte en las danzas macabeas no se pare ante los grandes de la tierra no sólo gusta, sino divierte. De la fragilidad de los honores y de los bienes del mundo hablan demasiado nuestros moralistas. Vale el amor porque la muerte le ronda, y la grandeza porque se muda y pasa. Bien está que Gómez Manrique y otros cien recuerden:

*Que so los grandes Estados
e riquezas
farcos fallarás tristezas
e cuidados.*

O que los magnates con sus feudos y señoríos

*En las sauanas de Holanda
más sospiran
que los remantes que tiran
en la banda.*

Aleccionan estas sentencias aquí donde el paladar gusta de las gotas del amargor, que es tónico. Estoicos somos y no de mala escuela, pero esos lugares comunes sobre la fugacidad de nuestras bienandanzas nos dejan no el rictus ni el sabor de ceniza en la boca, sino simplemente hastío. Gómez

Manrique, además, anda desavenido con la suerte y lo confiesa:

*É yo cabe mi bandera
en la qual traigo pintado
siempre mi sino trocado.*

No es éste el sino que queremos para la España, ni tampoco para los magiares. Pero tornemos, ya que vamos deprisa, al cuadro sinóptico. De 1222 data la Bula de Oro, a la que no precede sino en cinco años la Magna Carta inglesa. A partir de fines del siglo XIV las clases privilegiadas se reúnen en Estamentos permanentes o Dietas. La influencia política de la nobleza crece y la nación cuenta pronto con el "Tripartitum", en el que Verboaczy, honor de la toga, codifica reduciendo a *corpus* leyes, usos y costumbres del noble país. Ve la luz el "Tripartitum" en 1517, y sesenta y un años después la versión croata, cuando la magiares ha cumplido escasamente los nueve. Actúan con el fluir de las edades otros elementos en la evolución constitucional de Hungría. Las armas, como aquí, preceden y acompañan a la dignidad de las togas. Bien murada la nación, comparte con Polonia la isla de Malta y la de Rodas el privilegio de ser escudo de la cristiandad contra los osmanlíes. Nos atrevimos una noche en Budapest, en una cena con que la hospitalidad de la urbe prodigiosa nos honró, a elegir para tema del brindis el verso en latín de que ella hace divisa:

Europae stabilis. Turca indignante columna.

Aquel humanista, Eneas Silvio Piccolomini, buen diplomático, luego Papa bajo el nombre de Pío II, llama a Hungría el baluarte, vuelto hacia el Este, de la cristiandad. Nos deleitan aún y nos instruyen los recreos de sociedad con los que Dermarets de Saint Sorlin, el factótum político de Richelieu, difunde los conocimientos de la geografía. De cartas se vale, cartas de juego, y la quinta representa a Hungría. Una figura de mujer se apoya en el escudo de armas de los magiares: la doble cruz apostólica sobre las tres colinas (Latra, Ma-

tra y Fatra) flanqueadas por los cuatro ríos (Danubio, Tisza, Drave y Save). El carcaj lleno de flechas y el "fokoch" que lleva en la mano son la parte del color local. ¡Las armas, sí!; y en la Hungría del XVII la misión del país de los cuatro ríos es doble: baluarte de Europa contra Oriente y contrapeso, a la vez, al predominio de la Casa de Austria. Desde 1526, fecha de Mohacs, hasta 1711, en que la guerra de los Kurutz toca a su fin, la nación ignora la paz. La ha ignorado siempre y nos gustaría dar a la estampa en otro juego de cartas, como caballo de espadas, un húsar noble, y disertar sobre el húsar y los azares más genuinamente húngaros de la guerra. Liberada de los turcos, forja un Principado nacional en Transilvania y advienen las luchas por la libertad. Tras alzamientos para defenderlos reconoce por la Pragmática Sanción de 1723 el derecho de sucesión de los Habsburgos en línea femenina. Siguen la Revolución y la era de las reformas con que se manumita a los siervos. A la constitución parlamentaria sucede la constitución moderna, y tras los duelos entre la nación y la dinastía el régimen dual, que dura medio siglo. La Gran Guerra trae el Tratado del Trianón, que mutila al gran pueblo con crueldad sin precedentes.

¿Y ahora? Entre Firenne Nagy, el Presidente depuesto a quien el Gobierno de Wáshington presta asilo, y Jekely, a quien Moscú protege, ¿con quién Europa ha de estar? Está con lo que más se acerque a la civilización eterna, que es la que nos viene de Atenas, de Roma y de Jerusalén. Estamos con lo que España ha defendido también en los siete mares, y desde aquí hasta allí donde el mundo acaba. Al fondo de la Hungría de hoy, como de la milenaria de San Esteban, de Matías Corvino, del Conde Nicolás Palfy, el héroe de Györ; de Francisco II Rakoeszi, príncipe de Transilvania; de los Szecchenyi, está la Santa Corona y el amor, uno y el mismo en los húngaros, a las batallas y a las leyes. ¿Confiamos entonces en que la Hungría caballerosa resurja y sea lo que tantas veces fué?: ayer baluarte contra el turco, hoy, pese a todo, baluarte contra el moscovita.

Europæ stabilis, Moscovia indignante, columna.

* * *

Hizo Laszla Rauk, ministro del Interior, las elecciones recientemente. Las hizo, contrahizo y deshizo con su docilidad de siempre a Moscú. De esta gran simulación, que nos sonroja como a todo amante de Hungría, no hablaremos apenas. Logró Rauk que el partido de los pequeños terratenientes fuese a las urnas en coalición con tres de izquierda: el campesino nacional, el socialista y el comunista. ¿El de los pequeños terratenientes con ligaduras en las muñecas? No en todo caso el partido de ayer uno e indivisible, sino otro al que se escinde desde arriba en tres: el de la vieja guardia, o sea el núcleo fiel; el de la independencia, al que conduce Zoltan Pfeifer, y el independiente democrático, al que acaudilla Balogh. Estos tres subgrupos acudieron a las urnas separadamente y por sí y contra sí a la vez.

La ficción del 31 lo exigía. Un partido al menos, el de la libertad, prefirió disolverse a votar. ¿Resultado? El siguiente: 93 comunistas, 65 pequeños terratenientes, 62 socialistas, 33 campesinos nacionales. Sumadas las actas de la coalición dan 258.

De los partidos de la oposición salieron: 65 del democrático popular; 57 del independiente húngaro; 19 del independiente democrático; 6 del radical; cuatro mujeres cristianas y tres ciudadanos demócratas. Total: 154.

Resumen: Otro desafuero desde Moscú, otra ficción y otro escándalo. Pero la eterna Hungría, pese a todo, renacerá.

EL QUINTO DOMINIO DEL IMPERIO BRITÁNICO

Se disponen las Colonias que Inglaterra posee esparcidas por el Mar Caribe a constituir el quinto dominio del Commonwealth. Aspiran a regirse por el mismo estatuto que la Unión del Africa del Sur y que el Canadá, Nueva Zelanda y Australia. De los territorios que en las Antillas y en las islas de sotavento y barlovento van a confederarse, las Bahamas se excluyen voluntariamente. Para los españoles, este archipiélago sigue siendo el de las Lucayas, que es tanto como decir de los escollos anegadizos. Desde ellas se tiende la ca-

dona de islas en semicírculo del Sudeste de La Florida a Venezuela, junto al delta del Orinoco.

Las septentrionales del grupo están sobre el trópico de Cáncer, y han sido comparadas por su clima a los Campos Elíseos. Sin la hipérbolo, que es el edén del vándalo, las relaciones de los navegantes valdrían menos. Del paraíso perdido y de tierra de promisión se hace la nostalgia del hebreo. La nuestra no, pero el horizonte usado nos hastía a veces, y no hay, si esto pasa, invitación como la del viaje. Dios nos asista entonces con la hipérbolo del viajero y nos recree con la del marino de nuestra edad de oro. Las Bahamas han sido españolas antes que inglesas, que no lo han sido sino desde 1629. Ve Colón el primer territorio americano en las Lucayas, en la isla de Guanahani; luego de San Salvador y para los ingleses Watling. *Todos los bachilleres de España conocen* aquel pasaje de la *Historia de la vida y hechos del Almirante*, que escribió D. Fernando, su hijo, y cuya autenticidad, después de tantos debates, parece al fin probada. (Las ediciones en todo caso en varias lenguas de Milán, Venecia, París, Londres, Génova y las de Madrid de 1749 y 1932, ahí están.) Las fuentes primordiales en esta historia de D. Fernando son los diarios de los cuatro viajes de su padre. Si los poseía, ¿cómo D. Fernando, que era bibliófilo y era sabio, no los publicó? No tenemos la clave del enigma. Reza el pasaje: "De repente echó las áncoras el Almirante y salió a tierra en la barca armada desplegando el estandarte real; lo mismo hicieron los capitanes de los otros dos navíos, entrando en sus barcas con las banderas de España en que estaba pintada una cruz verde con una F de una parte y de la otra tenía otras coronadas en medio de Don Fernando y de Doña Isabel, y dando todos gracias a Dios, arrodillados en tierra, besándola con lágrimas de alegría. El Almirante se levantó en pie y puso por nombre a la isla San Salvador." De Guanahani escribe también Cristóbal Colón, en el diario del primer viaje y en la relación que fecha en sábado 13 de octubre. ¿Quién no recuerda aquel requiebro a la isla "toda ella verde que es placer de miralla"? Gobernador de este territorio ha sido recientemente el Duque de Windsor, ex monarca del mayor imperio del orbe. En lo inconcebible raya el poder del amor

si osa un soberano así inmolar al amor su propio poder. Oso Eduardo VIII inmolar también lo que Shakespeare entendía por *the strenght of laws*, que es la fuerza misma de las leyes. Pero en cuanto al Duque de Windsor supo después servir la extensión del Imperio en las Bahamas. Se avino a vivir en el archipiélago de los escollos como se hubiese avenido a vivir para el Commonwealth, allí donde el mundo acaba. Leímos justamente hace días en el *The Imperial Review*, de Londres, unas notas sobre las Bahamas, cuyo primer Gobernador es en 1671, Roodes Rogers. Este Rogers, que libertó a Robinson Crusoe, somete a los hombres de Rogerio el Grande, redomados luego de domados en las bregas de la gran piratería. En Nassau, capital de Nueva Providencia y del archipiélago, viven gentes que quisieron antes disolver su hastío en Estambul, en El Cairo o en las Islas Borromeas. Envían las Lucayas a diversos países su sisal, sus esponjas no inferiores a las de los puertos jónicos, o sus tortugas. Lo que retienen allí vale, desde luego, más de lo que envían. Algunas islas en las Bahamas han quedado con el tiempo desiertas. Algunos moradores en Nassau o en Eleuthera, en Inagua la Grande o en Andros, exhalan todo su tedio y quedan vacíos también. Islas hay en las Bahamas, y ¿dónde no?, que segregan soledad, como las atalayas horizonte. Sabemos que eso ha sido así y así ha de ser porque está escrito. Pero otras islas hay en las Bahamas donde la existencia transcurre amablemente para quien les pide asilo. Leemos en las notas de *The Imperial Review* sobre el archipiélago antillano. "Es agradable poder jugar al golf y al tenis todo el año bajo las soleadas palmeras, galopar en un ponney a orillas de un mar de turquesa; deslizarse por el agua, esquiando sobre las tibias ondas, y navegar entre las islas a impulso del viento del Este." Lo será, y las Bahamas no truecan lo que poseen por lo que el Quinto Dominio las daría. Lo que Nassau hasta ahora alega por boca de su Gobierno cabe en tres líneas. "Tememos —dice— a la fusión de las Colonias ricas con las Colonias pobres. Nos alarma asimismo una federación sin comunicaciones suficientes. Las Bahamas se abstendrán. Las Bermudas no se ilusionan demasiado con la Liga en proyecto. Caen en pleno Atlántico frente a la Carolina del Norte, y siendo de la comunidad de

naciones del Imperio Británico se dejan atraer en el juego de latitudes por el continente americano. Aunque Londres incluye a las Bermudas entre sus Antillas, la situación del territorio es otra. Un navegante español, Juan Bermúdez, les da su nombre, aunque años después un marino de la Gran Bretaña, Sir Georges Somers, las rebautice con su apellido. Hamilton es ciertamente la capital de "Somers Islands", pero ante el mundo entero lo es de las Bermudas. Sin ser un atoll son de génesis coralina, y algunas, como Goaz, San David, Ireland, Watford o Cooper, están unidas entre sí por puentes. La memoria nos restituye años después el color del mar de las Bermudas y el poco aquel de brisa trémula en los enebros. Vimos desde el "Comillas" "caer la noche sobre Hamilton, qué entre luces y entre canales nos preludiaba otra Venecia. ¿Otra? Una con negros, que Marco Polo, veneciano, con haber visto tanto, no imaginó. En Venecia antillana no hubiese Nietzsche oído dentro de sí lo que oyó en la de verdad apoyado en el pretil del puente de Rialto. Pero sí se lo oyó dentro de sí, ¿lo oyó alguno más fuera? Estremecidamente lo inquiría en versos que vivirán mientras la civilización aliente. *Hönte Jemand Ihr zu?* De la Venecia de verdad se dice que se humede morosamente en sus légamos una pulgada cada año. Mil años de sabiduría, pero, además de poderío, le pesan en cada hombre. Pero en las Bermudas era el juego veneciano juego de niños, y porque lo era divierte nuestra imaginación la mitad de la mitad de un cuarto de hora.

Van a confederarse de las Antillas los Barbadas y quizá las Bermudas; de las islas de sotavento, San Cristóbal o San Kitts, Nevis, la Antigua, las Vírgenes, Monserrat y Jamaica. La de San Cristóbal, que Sir Thomas Warner funda en 1624, es la primera colonia que, de modo permanente al menos, logra Inglaterra en las Antillas. Compartida alguna vez por los franceses, será el tratado de Utrecht el que la rebritanice. De manos de los bucaneros de Holanda pasan las Islas Vírgenes al dominio de los ingleses. Las han rondado y las merodean también filibusteros y pechilingües y otros hijos e hijastros de la aventura. Sin los hombres de presa, empero, no medrarían los hombres de deliquio. Fuerzas que Cromwell envía hacen inglesa a Jamaica, y como tal va a cumplir muy pronto

sejo Económico Social, 168; el de Fideicomiso, 56, y los demás organismos otras, hasta 898. Ni en Concilios ni en Cortes se ha hablado más que en la O. N. U., aunque sí de otro modo y con fines no tan perocederos. A las 433 sesiones de la Asamblea General van a añadirse estos días unas cuantas más. No olvidemos que la Asamblea por sí no dirime litigios ni resuelve problemas. Lo que hace no es decidir, sino recomendar y eso no es ciertamente demasiado. El Consejo de Seguridad oye o desoye estas recomendaciones y decide en última instancia. A la hora de asentir es más o menos deferente, a la hora de oponerse usa y abusa del privilegio del veto. No hay arma en manos de la Delegación de la U. R. S. S. que cierre, como el veto, el paso a las otras Delegaciones. Varios países se han alzado contra el privilegio y dos, Cuba y Australia, reiteradamente. A estas dos y a las demás naciones que impugnan el veto va a sumarse la Argentina, que se apoya en el artículo 109 de la O. N. U., para proponer la revisión del derecho en conferencia especial a que se convoque cuanto antes. Esta no puede prosperar si no es aceptada por los dos tercios de la Asamblea, incluidos siete de los once miembros del Consejo. Si lo es, faltará todavía que el ascenso de los cinco Grandes lo refrenden. No olvidemos que hasta para debatir si el veto es o no legítimo rige el veto que estrangula las deliberaciones. El embajador de Cuba en los Estados Unidos anuncia a su vez que en el curso de la Asamblea propondrá la reforma de la Carta de las Naciones Unidas, que desde junio de 1945 hasta ahora se ha anticuado. Piensa Bolt que una liga internacional no es una suma de naciones y sí un armisticio entre bandos. Como sin poderes supranacionales no hay paz posible, Cuba los preconiza a la vez que pide la reforma de la Carta del 45, que ha envejecido en dos años más de diez. Fue instituída —arguye Bolt— antes de la invención de la bomba atómica y hay un antes y un después de este arma, como hubo un antes y un después de la pólvora, o un antes y un después de la brújula o de la imprenta. El secretario de Estado, Marshall, no admite que la carta de la O. N. U. sea dos años después anacrónica, como imaginan algunos, junto al Plata o junto al mar Caribe. Quiere el general, por el contrario, que su país incluya esa carta de fundación de la O. N. U. en el plan de estudios

de los Institutos y de las Universidades. El apoyo a esta organización ha de ser, según Marshall, la piedra miliar de la política exterior de los Estados Unidos. (Para España, esta entidad ha sido piedra también, pero más que de edificación en el sentido de la escritura, piedra de escándalo.) Van a descubrirse estos días en la Asamblea cuestiones que tocan a la reglamentación o al procedimiento. No son de las que apasionan a los participantes, cuando menos a los que como España asisten desde lejos. Sede que sea para la O. N. U. metrópoli de cincuenta y tantas naciones, metrópoli en que la arquitectura ordene, en lugar de piedras, luminosas palabras, la bandera, el himno de la entidad, la designación de miembros no permanentes en el Consejo de Seguridad; éstas son cuestiones que no desazonan. Otras hay, en cambio, que nos turban a todos y pueden conducir a las naciones de la O. N. U. y a otras más a una guerra cuyo teatro sea el mundo. Enumeremos algunas:

I. La de Palestina; conciliar a árabes y hebreos sin que la fuerza arcana de los mitos actúe es imposible. La Sión rediviva que Balfour planeó no será un Estado con su tierra y sus muertos. De esa Sión de que Tel-Aviv es un boceto en las nubes, los judíos más cultivados quieren ser cónsules en París, en Londres, en Roma, en Viena o en Praga. Prefería un pensador de los de España morir dando alaridos en el quemadero a derretirse de hastío en el serrallo. Nuestras piedras —decía— manan violencia, y la de nuestros hombres es porque el Señor lo desea, inextinguible. Quería ese pensador, como alguna vez Eclipse II, un ciclo español con baluartes en el que se goce la bienaventuranza en nuestro idioma. Si alguno no comprende ese deseo, es el judío, aunque se llamen Averroes, y aun Abeem Gabirol o León Hebreo. La dispersión es en el pan de cada día del hebreo la levadura indispensable. Han nacido por predestinación que apenas si es misterio para la diáspora y para el éxodo. El propio Teodoro Herzl, fundador del sionismo, decía que la errabundez en su casta era como la errabundez estelar en el firmamento. "Van con nosotros nuestra nostalgia

y nuestros lares." Murió en 1904 Teodoro Herzl, cuyos huesos van a ser trasladados ahora a Palestina. El Gobierno de Austria se los entrega a la comunidad judía como quien les entrega a un destierro póstumo. Pero el viaje de un hebreo no es nunca el último, y si Austria no retiene a Herzl es porque lo sabe. Ni en la ciudad davídica, siete veces torreada, fican los hijos de Israel para siempre. Si partir para alguno de ellos es despedazarse, quedar es caerse a pedazos. Arraigan solamente los que después del 18 se han convertido a la religión católica. Una Dorotea Mendelsohn, hija de Moisés, fundador de la "Hai-kalá", que emancipa a los suyos, abraza la verdad y se la transfunde al gran Federico Von Schlegel, su esposo. Queda y quedará, pues, que la muerte es para ella, desde que ha aceptado a Cristo, resurrección y vida perdurable. Quedan como ella un Drach, un Libermann y los Rastisbonna y tantos otros, que son, sin embargo, los menos. Porque la familia de Israel, en cuanto tal o en cuanto casta, es irreparablemente nómada. Se repite que nacen mutilados del templo militar y que en ellos no revive el ardor de los Macabeos. No el de estos héroes del Antiguo Testamento, pero un cierto humor belicoso sí retoña en Tel-Aviv en los meses últimos. Añadamos con una frase mosaica que la sangre allí humea al cielo en un como ritmo expiatorio. Las organizaciones judías han cesado de creer en la fuerza inerte de la razón, que truena ya en los fusiles. La agencia judía ha condenado, sí, la acción directa, pero esta renuncia está sola. Porque del "Aganah" ha salido el ejército oficial de Tel-Aviv y del Israel sionista y el de "Irgun", al que el Comité Hebreo de Liberación Nacional sostiene el ejército clandestino. En cuanto al grupo "Stern", lo que recluta son guerrilleros o, como aquí se decía, brigantes o francotiradores del atentado. La Comisión Internacional sobre Palestina ha propuesto el reparto del territorio en dos mitades, árabe la una y judía la otra. Aunque escribimos mitades léase Estados, y en el segundo es donde se admite un cupo provisional de 150.000 hebreos, o sea más de los que el "Libro Blanco" inglés y la Comisión Mixta norteamericana admiten. Esta es una propuesta a la que la Arabia Saudita con el refuerzo de la Liga Panárabe contraponen otra para exigir que el

mandato inglés sobre Palestina caduque y que se reconozca a este territorio su independencia como Estado árabe. ¿Más dispersión entonces, más éxodos? Pues sí.

* * *

III. Patético también es el mañana de Grecia, aunque hayan corrido meses desde que Truman firmó la ley de ayuda a este país y a Turquía. La ley es letra aun, pero la letra suscita espíritu como el espíritu acción. Las cuatro grandes eses de la cristiandad fueron y son: letra, ley, liturgia y latín. Los combatientes en la Grecia oficial no pasan de ciento setenta mil, entre el ejército, la gendarmería y los cuerpos civiles. De los tres Estados que amenazan la integridad territorial de los helenos, la Yugoslavia de Tito cuenta con setecientos cincuenta mil reclutas; la Bulgaria de Dimitroff y Viajov, con trescientos mil, y Albania, con ciento cincuenta mil. Necesitan los griegos soldados, pero además, y urgentemente, mandos y especialistas de avión, de artillería y de ingenieros. Les urge no menos que se autorice la leva de voluntarios anticomunistas en naciones occidentales. ¿Les enviarán los Estados Unidos trenes de guerra, tanques, máquinas de batir, unidades aéreas y municiones? En el mar la presencia de los navíos de los Estados Unidos de América, en Salónica, en Corfú o delante de los Dardanelos, no bastan. Barcos propios, arsenales en que se muevan con holgura, portaaviones y acorazados de 35.000 toneladas no son un lujo para la Grecia de estas horas críticas. Hasta que estos auxilios revigoricen al Gobierno de Atenas hay que temer que la nación se desaliente y que Moscú no encuentre resistencia en el doble plan que se resume así: 1.º Fusión de las tres Macedonia, para constituir una república artificiosamente autónoma: la Macedonia de los serbios, la de los húngaros y la griega con el puerto de Salónica y con salida del Egeo en el Mediterráneo oriental. 2.º Liga en los Balcanes de siete repúblicas: la albanesa, la croata, la eslovena, la serbia, la romana, la búlgara y la macedonia. Allá en los días de oro de Alejandro el Grande, Macedonia fué un reino que subyugó a toda la Hélade,

hasta que siglo y medio antes de Jesucristo fué romanizada. Tres montes ilustres, el Olimpo de los dioses, el Pindo de Apolo y de las musas y el Rhódope, la limitan. De Macedonia era Alejandro el Grande, y Grecia, a la que Stalin quiere atraer a su órbita como a las otras siete, no lo olvida. En el "Libro Blanco" de los Estados Unidos se promete a Grecia "agotar los medios disponibles dentro de la estructura de la Carta de la O. N. U. para mantener la paz e ir brindando a Grecia la protección que merece. La pavana sobre el polvorín es frase atribuida a un cortesano de Luis XIV. Con todos los riesgos de entonces, este monarca rige a Francia durante setenta y dos años, desde los cinco de edad hasta los setenta y siete. Las contradanzas de la O. N. U. no son gavotas, pero, además, gravitan sobre polvorines que de inflamarse prenderán la hoguera en medio mundo.

* * *

III. Si Grecia se mantiene firme, Turquía, ante la táctica de Moscú, se desvela y madruga para avizorar intenciones. Del 12 de julio data el convenio que entre Turquía y los Estados Unidos se firmó en Angora. Redobla generosamente su celo la misión militar norteamericana que trabaja por la paz en territorio turco. Manda las fuerzas instructoras el general Lundsford Oliver, del Estado Mayor del Departamento de Guerra y jefe del quinto Ejército blindado. Once jefes del Ejército, siete de la flota y un representante del departamento de Estado le acompañan y asisten. Esta es la primera delegación, a la que ha seguido otra aérea al mando del teniente general William Holl.

En visitas breves han estado también en Turquía el vicealmirante Blary y el comandante de la flota americana en el Atlántico, Richard Connoly. Se dispone el pueblo otomano a desbordar de sí y a defender con el sumo pundonor su independencia.

Ni el mar de Mármara, ni el mar Negro, a los que el Bósforo más separa que une, son mares libres.

Al de Mármara y al archipiélago les dice eternamente

Roma desde el Helesponto: "Tú aquí, yo allí. Asia a un lado, al otro Europa." Rusia, aunque bizantina, se abrió a la horda de oro, y una de sus mitades es asiática.

Adonde Alejandro I, en el Congreso de Viena, llegó. Stalin, que restaura el sueño de los emperadores, no llegará.

* * *

IV. Otros conflictos desasosiegan a las naciones de la O. N. U. y a otras que, sin ser de la O. N. U., han civilizado a una gran parte del planeta. No es europeo quien desliga la suerte de Alemania de la suerte de Europa, centro de gravedad todavía de la suerte del mundo.

O resurge la nación sin pactar, como Fausto, con el príncipe de las tinieblas, que dice siempre que no, o todo se lo lleva la trampa. Controvertir con dilemas no nos gusta, pero ellos son fatales en los litigios de hoy.

El presagio de que Alemania pueda combatir junto a Rusia en la tercera guerra mundial no nos trae caviliosidad alguna. Nunca los campos de concentración han sido ni tantos ni tan crueles como los de la zona rusa de Alemania.

Contaba "Sopade" no todos, pero sí hasta catorce dirigidos por N. R. W.: el de Berlín Hohenschonhausen; el de Francfort del Oder, en Brandeburgo; Sacheshausen; Samlitz, cerca de Lieberose; Fünfeichen, en el Mecklenburgo; como Schroerin, Torgau, Pistor, Roitzsch, Bittefeld, Altenburgo del Elba, en Sajonia, y Mühlberg, adonde Carlos V fué a batallar tal y como lo pintó el Tiziano; Bautzen Altenhain, cerca de Naunhof, y Bückenwald, en Turingia.

La "forma mentis" alemana no es ni griega ni latina ni oriental. Responde a ruedas y engranajes de una relojería pensante que no es la que amamos nosotros. Pero si la concepción alemana del mundo es otra que la de Occidente, la concepción de la grandeza es la misma. Al lado de Rusia le falta empresa por la que combatir y por la que poner en pie a sus miembros.

De Austria, que está ahí, las naciones de la O. N. U. y las que no lo son, no van a apartar su interés.

En cuanto componente del Reich, Austria estuvo en guerra con Arabia Saudita, Argentina, Australia, Bélgica, Bolivia, Brasil; con Bulgaria desde el 7 de septiembre de 1944, o sea a última hora; con Canadá, China, Costa Rica, Cuba, Checoslovaquia, República Dominicana; con Egipto ya al final del final, 24 de febrero de 1945; con los Estados Unidos, Etiopía; con Finlandia artificiosamente desde el 3 de marzo de 1945; con Francia, Gran Bretaña, Grecia, Guatemala, Haití, Holanda, Honduras; con Hungría, otra ex aliada, desde enero del 45; con Irán, Irak; con Líbano y con Liberia desde el mismo día de enero de 1944; con Luxemburgo, Méjico, Nicaragua, Noruega, Nueva Zelanda, Panamá; con Paraguay el 45, en los días revueltísimos; con Polonia; con Rumania desde agosto del 44, y con San Marino desde una semana después; con San Salvador; con Siria muy tarde; con la Unión Sudafricana, con la U. R. S. S., con el Uruguay y con Venezuela en los instantes de extinción y de derrota, y con Yugoslavia; en suma, con 43 naciones.

Austria no sentía enemistad hacia casi ninguna de ellas, no ya como Austria ni aun como componente del Reich.

De las 43 naciones casi ninguna tampoco conoce el odio a Austria, cuando menos al Consejo Nacional Austriaco Libre que regía desde el 27 de septiembre de 1941. La que más o la que menos veía Viena a través de estampas convencionales. ¿La Viena anticuada? No, porque la antigüedad que reconfiere juventud prevalece allí sobre todo anacronismo. ¿Qué ha quedado tras la guerra de tanto lugar y de tantas cosas que eran civilización y alta cortesía? ¿qué del Palacio Imperial, "Hofburg", y de sus anexos, Opera, Teatro de la Corte, museos, jardines, plazas como la Frazen o la Josefsplatz, con José II, el noble emperador, a caballo? ¿qué del Graben o de los puentes Estefanía o Rodolfo o de las estatuas de creadores de belleza, de las que algunas, como la de Haydn o la de Grillpaxer, se dejaban dar familiarmente los buenos días? ¿qué de los libros o de los grabados de la Albertina? ¿qué, sobre todo, de la Catedral de San Esteban con su torre ojival, casi tan alta como las de Colonia o de Strasburgo y sus catacumbas?

Del monumento a María Teresa, en cuyos zócalos cabalgan siempre los cuatro generales de la emperatriz, Daun, Traun,

Lauden y Khevenhüller, nos acordamos. En los cuatro muros del pedestal, que forman nichos, retan al no ser grandes figuras: en el nicho que mira a la Ringstrasse, la política exterior con Kaunitz, Bartenstein, Starhemberg y Mercy; en el segundo, las armas, con el príncipe de Liechtenstein, Nadasdy, Hadik y Lacy; en el tercero, que mira al Museo de Historia, Natural, las Artes y las Ciencias, con Van Swieten, Eckel, Pray, Mozart niño, Haydn y Gluck; en el cuarto, en fin, la Justicia, con Haugwitz, Grassalkowitsch, Bruckental, Sonnenfels, Martini, Riegger. Un don que Viena recibe en sus años mejores es la gracia, pero en Austria, y donde la vida alicente, la fuerza es otro don, y, además, del Espíritu Santo.

En la cava imperial de Viena, en la Cripta de los Capuchinos, duermen los soberanos y príncipes, además, y archiduques y archiduquesas de la casa de Habsburgo. El Papa Pío VI visitó la cripta en 1782. Napoleón Bonaparte estuvo también en la cava y pronunció una frase que los vieneses recuerdan: "Vanitas, vanitatum-hors la force." Ella deshace y rehace y es nefasta y es buena. Queramos que Austria exista por sí y que reconquiste fuerza para que la gracia se le dé como se le dió con María Teresa o con Francisco José por añadidura.

Rusia, en tanto, oprime al país. En la Kurplatz de Viena, como aquí en la Glorieta de Bilbao durante la guerra, una efígie colosal de Lenin es intrusa más que la muerte misma. Está en París el ministro austriaco de Asuntos Exteriores, Gruber, y quizá gestione un pacto aduanero con Francia que facilite la reconstrucción de Austria vencida.

Pretende Rusia asegurar su presa antes de que las naciones vencedoras firmen el tratado de paz con Austria. De los comunistas austriacos que Moscú maneja, Fischer es el que se hace oír. Contra Fischer agrupa militarmente fuerzas contrarias el ingeniero agrónomo Figl. Mientras los dos, el comunista por el momento y Figl, pelean, la situación interna se prorroga y los ocupantes no ganan terreno. Es, al menos, lo que Fischer y Figl, austriacos antes que lo demás, desean. Los ardides son léctos, y los conservadores de Austria, proponiendo que industrias como la Montana o los del grupo Hermann Goering

sean nacionalizadas para que se eximan del pago de indemnización a los rusos, dan el ejemplo.

* * *

V. Representantes de todas las Repúblicas americanas participaron en la Conferencia de Río de Janeiro. Sin abstenerse, los de Guatemala y los del Ecuador retrajeron su presencia. Esperaban a que se resolviese un cambio en la situación política de sus Gobiernos. Aunque ausentes del Brasil los delegados de Guatemala y del Ecuador, asistían desde lejos a las deliberaciones de la Conferencia. Como a la muerte misma tomemos al énfasis, que en las naturalezas enfáticas es, sin embargo natural. Alisónantemente, pero de buena fe, se ha hablado estos días de la América unánime. Es inevitable que haya en estas Asambleas tal o cual orador a quien le hierven oráculos en el buche. Alguno había en Petrópolis, pero los más, y aun casi todos, se produjeron sobriamente.

La unanimidad entre tantos países en los que el vulcanismo político no se apaga nunca del todo, es utópica todavía. Pero la voz que viene del Brasil y nos habla desde el Tratado de Defensa americana es, a despecho de nuestros reparos, la voz de un Continente. No han callado cuatro Repúblicas sus reclamaciones de soberanía sobre algunos territorios.

Argentina no renuncia a sus derechos sobre las islas Malvinas, posesiones hoy de la Gran Bretaña. Guatemala no reconoce, y así lo dijo, que el territorio de Bélize, en la Honduras británicas, sea inglés. Chile no olvida que su bandera puede ondear en tierras antárticas, que le pertenecen.

El representante de Estados Unidos, luego de oír estas peticiones y otra de Méjico, se apresuró, pensando en Londres y en que la divisa "Tengo lo que doy" no es inglesa, a declarar: "El Tratado que firmemos no afecta a la soberanía ni al estatuto nacional o internacional de ninguno de los territorios comprendidos dentro del área de defensa del hemisferio."

Después de los discursos del presidente y de los delegados y de los debates, la "América unánime" firmó el Tratado interamericano de ayuda recíproca.

De 24 artículos consta y, si todos no, los más nos contentan. El 1.º hace saber: "Las altas partes contratantes condenan formalmente la guerra y se comprometen en sus relaciones internacionales a no recurrir a la amenaza o uso de la fuerza en forma alguna que no esté de acuerdo con las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas o a las de este Tratado." Y el primer apartado del artículo 3.º concreta: "Las altas partes contratantes acuerdan que cualquier ataque armado por parte de cualquier Estado contra un Estado de América será considerado como un ataque contra todos los demás y, en consecuencia, cada una de dichas partes contratantes se compromete a ayudar a hacer frente al ataque, en ejercicio del derecho inherente a la defensa propia individual o colectiva reconocida por el artículo 55 de la Carta de las Naciones Unidas."

Al apoyarse en este artículo, el Tratado se apoya en tierra movediza, en la que edificar no es aconsejable. Otros apartados establecen las medidas que hayan de ser adoptadas hasta que el órgano de consulta del sistema adopte las que le conciernen.

Estas decisiones variarán según que el ataque se produzca dentro o fuera del espacio que el artículo 4.º, sobre el mapa del Nuevo Continente, de polo a polo y con líneas loxodrómicas, contornea. Fuera del espacio decimos, y ya el artículo 6.º prevee: "Si la inviolabilidad o integridad del territorio, o soberanía o independencia, de cualquier Estado americano se vieran afectadas por la agresión que no sea ataque armado, o por conflicto intercontinental o extracontinental, o por cualquier otro hecho o situación que ponga en peligro la paz de América, el órgano consultivo deberá reunirse inmediatamente para acordar las medidas que hayan de adoptarse para la defensa común o con propósito de mantener la paz y seguridad internacionales..."

Las naciones de América se obligan a no recurrir ni a la amenaza ni al uso de la fuerza. Por si recurrieren así y todo y rehusaran además la mediación conciliante de otras naciones de América, el artículo 8.º gradúa el castigo así: Retirada de los jefes de misiones diplomáticas, ruptura de relaciones diplomáticas, de relaciones consulares, suspensión total o par-

cial de las relaciones económicas y de las comunicaciones ferroviarias, marítimas o aéreas, postales, telegráficas, telefónicas, radiotelegráficas y empleo de fuerza militar.

Decía Truman, días antes de que se firmase el pacto, que "el Viejo Mundo está agotado y su civilización en peligro". "Su esperanza —añadió— no puede residir más que en el Nuevo Mundo." Puede ser; pero que esquemas y cuadros sinópticos, y más si una cierta filantropía los traza puritanamente, no nos ilusionen demasiado. El clásico, se ha escrito, cree en el pecado original, y no es el mundo el que propende al mal, sino el hombre, así en el Viejo Continente como en los otros cuatro.

* * *

VI. Litigios sobre la situación de Corea no faltan. Avivados ahora por la disputa epistolar entre el ministro de Asuntos Exteriores de los soviets, Molotov, y el general Marshall absorberán tiempo a la Asamblea de la O. N. U. País importante es el de Corea, cuya extensión territorial es la de media España, con veintitrés millones de habitantes, en su casi totalidad coreanos.

Doce son sus puertos abiertos, de los que alguno, Fusan, está pobladísimo, y en otros tres, Heijo, Jimsen y Taikjo, pasan de cien mil los moradores. Siguen en importancia Seiskin, Mokpo, Kusan, Chigichu, Gensán, Kónan y Kúncan. En la capital, Scul, viven más de medio millón de japones y no escasos japoneses y extranjeros. Con Sakaline del Sur y con Formosa era de las posesiones exteriores del Japón y la más autónoma de las tres. Sobre la situación de Corea, tan codiciada por Rusia, se pleitea y se pleiteará largamente.

* * *

VII. La revisión del tratado de paz con Italia será debatido asimismo en la Asamblea. Yugoslavia premedita la incorporación de Trieste, y los choques en la provincia que fué de Italia como en otras de la región de Venecia Julia son el pri-

mer rebato. La mutilación en el cuerpo vivo de Italia, de Trieste y de las colonias le duele a Europa. Argentina pedirá la revisión del tratado y es seguro que otros países la ayuden. En el Ruhr piensa Francia, y en el Ruhr, como dice Bidault, se hace fuerte Alemania. Esa es querrela que ni Moscú, ni Wáshington, ni Londres han querido que sea dirimida tajantemente.

El concepto de Europa en una Francia que no reanude sus destinos es impensable. Sin una Alemania que reanude los suyos es impensable también. Porque esos pueblos y otros tros de Europa, Italia, Inglaterra y España, son además civilizaciones o, para decirlo todo, las civilizaciones del planeta.

De este hecho y de que América es española o, si se quiere, España americana, hay que partir para entenderse. Se hablará en la Asamblea de España, con injusticia ciega por unos y con inteligencia de amor por otros. España no es una de las cincuenta y cinco, sino una de las cuatro o cinco, o de las tres o cuatro, o de las dos o tres naciones que han añadido más excelentemente dignidad y grandeza al mundo.

